

# Presentación

En 1981 un alemán, Gerd B. Achenbach, decidió abrir un consultorio de asesoramiento filosófico. Desde entonces se han multiplicado esos gabinetes y otras prácticas que tratan de rescatar la antigua concepción de la filosofía como sabiduría vital, con poder para sanar al individuo y mejorar el funcionamiento de las colectividades humanas. Estas prácticas filosóficas se apoyan en la convicción de que el aula no es el único lugar donde tiene cabida la actividad filosófica.

El asesoramiento filosófico, los cafés filosóficos, los diálogos socráticos, la filosofía con niños, etc., son formas de aceptar que el amor a la sabiduría puede no ser asunto de minorías. Michel de Montaigne se extrañaba de que la filosofía «pase por nombre vano y fantástico, de uso nulo y de nulo valor, tanto en reputación como en efecto». Y a continuación observaba: «Gran error es pintar esa ciencia como inaccesible a los niños y dotada de rostro adusto, torvo y horrible. ¿Por qué enmascararla con ese semblante falso y odioso?». Sin dejar de ser teoría —y precisamente por serlo— la filosofía tiene un poder de clarificación conceptual que opera en beneficio de las personas y que no se confunde con las terapias de origen clínico o psicológico.

Sin duda, las iniciativas agrupadas bajo el título de Práctica Filosófica concitan preguntas: ¿es legítima la alternativa entre praxis escolar y extraescolar en filosofía? ¿Puede una práctica concreta ser la columna vertebral de la Práctica Filosófica? ¿Con qué prejuicios filosóficos opera el asesor? Por ejemplo: ¿es asumible que la persona del asesorado sólo obra el mal por ignorancia, como pensaba Sócrates? Por lo demás, ¿deberían los filósofos prácticos tener honorarios como los antiguos sofistas o tendrían que obtener su sustento de otra fuente? ¿A qué área de conocimiento pertenecería la Práctica Filosófica reconocida como disciplina de estudio? Preguntas todas que indican el estado de clarificación en que se halla este movimiento. Pero que no invalidan las palabras que algunos filósofos prácticos han querido recuperar del viejo Plutarco: «El discurso filosófico no esculpe estatuas inmóviles, sino que todo lo que toca desea volverlo activo, eficaz y vivo. Inspira impulsos motores, juicios generadores de actos útiles, elecciones a favor del bien».

José Luis Caballero Bono